

lema de la exposición: “**Nos enseñó a mirar el lado bueno del mundo**”. También deberán decidir el número de palabras que deben escribir, el formato en el que lo presentarán y el plazo de entrega de las redacciones.

Exposición:

- Mientras se van recibiendo las redacciones, se puede elegir un lugar en el centro para realizar una exposición y que el resto del alumnado del centro escolar pueda participar también del concurso.

Se puede plantear, al mismo tiempo, que también el alumnado vote por la redacción que más le guste y proponer al jurado que tenga en cuenta el voto de la mayoría de los alumnos y las alumnas.

2.3.- Orar con Arrupe.

Os ofrecemos, en estas páginas, una serie de oraciones en torno a la figura de Pedro Arrupe y Gondra, a su vida, a su forma de ser, a su opción radical por la justicia, a su convencimiento de que es posible alumbrar un mundo más humano y fraterno... Oraciones, en definitiva, que nos presentan lo que el padre Arrupe fue: un hombre para los demás que se fiaba radicalmente de Dios y que se sentía cobijado en sus manos.

La primera parte, “Vivir para los demás”, recoge un total de 5 oraciones pensadas, en principio, para el Segundo Ciclo de ESO y 1º de Bachiller. En ellas, se hace un recorrido por la vida de Pedro Arrupe, relatando en cada una un fragmento de la misma y, a continuación, se ofrece una oración breve que ayude a reflexionar sobre alguno de los aspectos de lo que se ha leído o sobre alguna cualidad del padre Arrupe.

En la segunda parte, “También en lo sencillo y cotidiano”, proponemos rezar a partir de algún suceso vivido por el padre Arrupe (en ocasiones aparentemente sin importancia, en otras, de mayor trascendencia). En principio, estas oraciones estarían destinadas tanto a los alumnos y alumnas de 3º y 4º de ESO como a quienes cursan Bachiller.

Por último, “En manos de Dios”, recoge el monólogo imaginario –dividido en cinco partes– que Pedro Arrupe, postrado ya debido a la enfermedad, dirige a Dios Padre, recordando poco a poco todo lo que ha vivido y disponiéndose a encontrarse, definitivamente, con Él. Sin duda, estas últimas oraciones, de estilo más poético y profundo, están destinadas a las alumnas y alumnos más mayores, de 2º de Bachiller, y a cuantas educadoras y educadores deseen asomarse a ellas con el corazón dispuesto a escuchar lo que este gran hombre pudo, quizás, contarle a Dios.

2.3.1. Vivir para los demás.

ESTUDIAR CON EL CORAZÓN

Pedro Arrupe y Gondra nació a comienzos del siglo XX –1907–, un 14 de noviembre en el Casco Viejo de Bilbao, en la calle de “La Pelota”.

Su padre, Marcelino -el arquitecto-, y su madre, Dolores, eran ambos naturales de Munguía, localidad vizcaína cercana a Bilbao. Al día siguiente de nacer, fue bautizado en la basílica de Santiago, actualmente catedral.

Peru –como le llamaban sus padres y sus cuatro hermanas mayores– ingresó el primero de octubre de 1914 en el Colegio de los Escolapios de Bilbao para estudiar Bachillerato. Dos años después fallecía su madre a consecuencia de una operación.

El 29 de marzo de 1918 ingresó en “los Kostkas”, Congregación Mariana de San Estanislao de Kostka dirigida por el padre Basterra, el primer jesuita que conoció Arrupe.

Terminado el Bachillerato, en 1923 comenzó la carrera de Medicina en la Facultad de San Carlos de Madrid, en donde demostró su capacidad como estudiante, obteniendo excelentes calificaciones. Severo Ochoa, que llegaría a ser premio Nobel y que entonces era compañero de clase de Pedro Arrupe, aseguraba: “*Pedro me quitó, aquel año, el premio extraordinario*”. Durante esa época de estudiante universitario, la experiencia que más vivamente impactó a Pedro Arrupe fue el encuentro con la pobreza y la miseria en los barrios marginales de la ciudad que visitaba con frecuencia en compañía de su buen amigo Enrique Chacón.

*Señor Jesús:
Nosotros somos estudiantes,
como lo fue Pedro Arrupe
durante un buen número de años.
Sabemos que él era de esos
que se dejan la piel
-y el corazón- en el empeño,
de esos que, a veces,
despectivamente,
nosotros apodamos “empollones”...
Sin embargo...
a nada que seamos
un poquillo sinceros
con nuestro yo profundo,
lo cierto es que envidiamos
esa capacidad
para el esfuerzo,
esa constancia,
esa dedicación.*

*Y sobre todo, ahora,
al conocer su vida,
la del buen Pedro Arrupe,
nos gustaría ser
un poco, a su manera:
capaces de estudiar
pero pensando en otros,
en cómo prepararnos
para ser buena gente
en el futuro,
capaces de poner
también el corazón
en nuestro esfuerzo.*

***¡Ayúdanos, Jesús, porque
solos... no podemos!***

DEJAR QUE TÚ NOS GUÍES

En 1926 moría don Marcelino Arrupe, su padre. Con 19 años, Pedro había perdido ya a quienes más quería. En medio del dolor y del abatimiento decidió hacer un viaje a Lourdes con sus hermanas: Catalina, Margarita, María e Isabel. Allí vería más de una curación milagrosa que él, en su condición de estudiante de Medicina, tuvo ocasión de analizar. De esta experiencia, Arrupe comentaría más tarde: “*Sentí a Dios tan cerca en sus milagros, que me arrastró violentamente tras de sí*”.

Tomando una decisión que cambiaría su vida para siempre, el 25 de enero de 1927 ingresó en la Compañía de Jesús, en el noviciado de Loyola.

En 1932, poco después de haber comenzado sus estudios de Filosofía en el monasterio de Oña (Burgos), la II República decidió disolver la Compañía en España, por lo que Arrupe partió hacia el destierro con sus compañeros y profesores. Comenzó, así, una auténtica *peregrinación* para el joven Pedro Arrupe: estudiante de Filosofía en Bélgica, de Teología en Holanda, conferenciante sobre moral médica en Austria...

El 30 de julio de 1936, víspera de la festividad de San Ignacio de Loyola, fue ordenado sacerdote en Marneffe (Bélgica). En septiembre de ese mismo año, para profundizar en sus estudios sobre moral médica, se trasladó a los Estados Unidos,

en donde, sin embargo, destacó fundamentalmente por su dedicación con los presos hispanos recluidos en cárceles de máxima seguridad: a pesar de que al principio se mostraron recelosos, los reclusos terminaron por confiar en él y aprendieron a quererle entrañablemente.

*Aquí nos tienes, Buen Amigo,
conociéndole a Arrupe
y pensando
que él sí que dejó
que Tú le hablastes...
¡directo al corazón!,
y actuó en consecuencia.
Nosotros, a menudo,
tratamos de evitar
cruzarnos con tus ojos
porque tenemos miedo
de tu mirada limpia,
de que nos interpele
y que nos diga:
“Pero hombre, Pablo,
(o Ane, o Julen, o María...
el nombre ¡es lo de menos!)
¿qué haces con tu vida?*

*¿por qué la desperdicias
de esa manera tonta?
Ven y... ¡sígueme!
¡Y verás lo que es
verdadera alegría!”.*

*Ayúdanos, Señor,
a ser valientes,
a no esquivar, por miedo,
tu mirada,
a dejar que nos llene
y nos transforme,
y que nos interroge
–como a Arrupe–:
**¿Para qué estoy aquí?,
¿cuál es mi cometido
en este mundo?***

ANTES QUE YO... MI HERMANO

El 6 de junio de 1938 Pedro Arrupe recibió una carta del padre general que le llenó de alegría: era destinado a Japón, su gran sueño, la mayor de sus ilusiones misioneras. Así, el 30 de septiembre embarcó en Seattle rumbo a Yokohama. Después de varios meses aprendiendo la lengua y las costumbres del lugar, en junio de 1940 le destinaron a la parroquia de Yamaguchi, el mismo lugar en donde San Francisco Javier había predicado el evangelio. El entusiasmo de Pedro Arrupe era grande y su entrega, constante y decidida.

Al día siguiente de que Japón entrase en la II Guerra Mundial, Pedro Arrupe fue encarcelado, acusado de espionaje. Al cabo de un mes fue puesto en libertad y, ya sin cargos, nombrado maestro de novicios, marchó hacia Nagatsuka –una colina a las afueras de Hiroshima, en donde se encontraba la casa noviciado.

El 6 de agosto de 1945, a las 8'15h de la mañana exactamente, Arrupe fue testigo de la explosión de la tristemente famosa bomba atómica. Sin pensarlo dos veces, convirtió el noviciado en un hospital de emergencia. Cientos de personas, abrasadas por la explosión, fueron atendidas por Arrupe y sus novicios, una comunidad que apenas tenía los medios necesarios (médicos, alimenticios, de higiene...) para ello. Esta trágica, devastadora experiencia fue recogida en el libro: “Yo viví la bomba atómica”, que Arrupe escribiría años más tarde.

*Al escuchar, Señor,
la experiencia de Arrupe
en Hiroshima
se nos hiela la sangre,
nos ponemos muy serios
-sobre todo, por dentro-,
e incluso, sin quererlo,
nos brota una pregunta
del fondo de nuestra alma:
Y yo... ¿qué hubiera hecho?*

*Tuvo que ser terrible y, sin embargo,
Arrupe fue capaz
de pensar, ante todo,
en sus hermanos,
en quienes más sufrían,
en los que sollozaban sin consuelo:
¿qué más daba
si eran o no creyentes,
si hablaban otro idioma,
si su dios no era el mismo...?
Él comprendió, certero,
que lo necesitaban.*

*Buen Jesús,
Tú también eras de éstos:
Pedro Arrupe aprendió
de Ti la entrega.
Porque a Ti te importaba la persona,
no si era rico o pobre,
si del pueblo judío
o del samaritano,
si mujer o varón,
si pecador o santo...*

*Queremos ser así,
de los que acogen
al otro sin poner ninguna pega,
de los que son capaces
de pensar en el prójimo
antes que en uno mismo,
de quienes,
en el pobre, en aquel sin papeles,
en la anciana,
en ese compañero
que lleva mal el curso...
ven, sencilla y llanamente,
a su hermano.*

IMPULSAR LA JUSTICIA

Pedro Arrupe fue nombrado superior de todos los jesuitas de Japón, con el cargo de Viceprovincial, en marzo de 1954. A partir de entonces, además de su trabajo cotidiano y más humilde, se dedicó a recorrer infinidad de países, pronunciando conferencias, con el objetivo de conseguir fondos para la Iglesia de Japón.

En medio de una época de cambios de todo tipo –fuera y dentro de la Iglesia católica– Pedro Arrupe fue elegido general de la Compañía de Jesús el 22 de mayo de 1965. Arrupe supo afrontar, de manera decidida y comprometidamente, los tiempos renovadores y arriesgados en los que después del Concilio Vaticano II entraba la sociedad y, muy especialmente, la Iglesia. Lleno de valor, de visión del presente y del futuro y, sobre todo, con una absoluta fe en Dios, tuvo que sufrir incomprendimientos y contradicciones de todas partes (a veces, incluso de las más altas jerarquías eclesiales). Pero marcó un rumbo para la Compañía de Jesús, abriendo caminos de solidaridad y justicia, de preocupación efectiva por los desheredados de la tierra, que influyeron –e influyen– en el seno de la Iglesia y del conjunto de la sociedad.

El 2 de diciembre de 1974 convocó la Congregación General 32 (reunión a la que acuden jesuitas de todo el mundo). En ella quedó claro que nuestra fe en Dios no puede separarse, de ninguna manera, de nuestra lucha infatigable para terminar con todas las injusticias que sufre la Humanidad.

Tú, Jesús,
amigo de los pobres,
de los que a nadie importan,
nos dejaste un legado
que no entiende de tiempos ni lugares:
tu apuesta decidida
por sembrar la justicia
en este mundo.
Arrupe, sin dudarlo,
recogió tu testigo en la carrera.
Y, con él, muchos otros,
cuyos nombres
de sobra conocemos:
Martin Luther King,
Teresa de Calcuta,
el gran Mahatma Gandhi,
Ignacio Ellacuría,
Rigoberta Menchú,
el bueno de Hélder Cámara
o Monseñor Romero...
Lo cierto es que, a su lado,
nos sentimos pequeños,
casi insignificantes:

Y yo... ¿qué puedo hacer
en medio de las guerras
y del hambre?
¿Qué hacer ante la inmensa
tarea interminable
de curar las heridas infinitas
de un mundo como el nuestro?
“¡Te equivocas!”
-me dices, Buen Jesús.
Y me cuentas bajito,
al oído del alma,
que cada grano importa,
que lo poquito que haga
contribuye a aumentar
-como decía Arrupe-
la parte luminosa en este mundo.
Así que...
¡aquí me tienes,
Jesús de Nazareth!
dispuesto a la tarea
pero...
¡cuento contigo!

CONFÍA SIEMPRE

El 7 de agosto de 1981, regresando de Oriente –a donde había ido a visitar a los jesuitas de aquella parte del mundo–, ya en Roma, en el taxi que le conducía del aeropuerto a la ciudad, Pedro Arrupe sufrió una trombosis cerebral que le dejó incapacitado del lado derecho. Al día siguiente recibió el sacramento de los enfermos, la extremaunción.

Ante esa situación, a los pocos días el Papa Juan Pablo II nombró a un delegado personal, el jesuita padre Dezza, para gobernar la Compañía de Jesús. Ése no era el procedimiento habitual para elegir al General de los jesuitas –pues se hacía en la Congregación General– pero, a pesar de todo, tanto Arrupe como todos sus compañeros, acataron la decisión del Vaticano.

Finalmente, el 3 de septiembre de 1983, en una Congregación General, el padre Arrupe, consciente de la situación, presentó su renuncia. Y diez días después, el jesuita holandés Peter Hans Kolvenbach fue elegido el nuevo padre general de la Compañía de Jesús.

A pesar de una leve mejoría inicial, lo cierto es que la salud del padre Arrupe se fue apagando desde aquel 7 de agosto de 1981. Finalmente, al anochecer del 5 de febrero de 1991, tras casi diez años de postración y sufrimiento, Pedro Arrupe y Gondra, aquel bilbaíno universal que recorrió medio mundo por amor a Jesús y a su evangelio, el “hombre para los demás” que confió plenamente en Dios y se dejó querer entre sus manos... moría en la casa de los jesuitas de Roma. Su espíritu y su ejemplo de entrega desinteresada y sin fronteras permanece, sin embargo, entre todos nosotros y nosotras.

*Escuchando esta última
etapa de la vida
del padre Pedro Arrupe...
se encoge, un poco, el alma,
la verdad.*

*Un hombre como él,
que hablaba siete idiomas,
que recorrió los cinco continentes,
que conoció a políticos
y a Papas...
y así, de pronto, derrotado,
vencido por la vida,
silenciado.*

*Y, sin embargo, dicen que,
mientras fue consciente,
no perdió la sonrisa,
tampoco el entusiasmo.
¡Increíble!, ¿verdad?,
pero es bien cierto.
Cualquiera de nosotros
hubiéramos sentido
la desesperación,
la rabia, la impotencia,
el dolor infinito
de la orfandad total, definitiva.*

*Arrupe no lo hizo.
Él se fió del Padre
hasta el extremo,
hasta la extenuación,
como Tú al pronunciar,
allá en la cruz:
"Padre, en tus manos
encomiendo mi espíritu".
Queremos ser como él,
que fue testigo tuyo,
Buen Jesús.*

*Queremos confiar así en el Padre,
queremos esperar
contra toda esperanza,
sentirnos en las manos
de Dios de esa manera.
Nosotros sí creemos,
mas, como tus discípulos,
nuevamente pedimos:
¡Aumenta nuestra fe!
y enséñanos a ser
un poco "arrupes",
de ésos que siembran luz
en las tinieblas.*

2.3.2.- TAMBIÉN EN LO SENCILLO Y COTIDIANO

FÁBRICA DE GALLETAS

Estuve el otro día,
Amigo Dios,
ojeando el periódico
y descubrí, ¡pura casualidad!,
que unos meses antes
de que naciera Pedro
-el que luego sería
padre Arrupe-,
abrieron, en Bilbao,
una fábrica de galletas.
Seguro que, de niño,
probó, el bueno de Peru,
-pues así le llamaban
en su casa-
alguna que otra vez
esas galletas,

riendo, alborotando
junto con sus hermanas.
La cosa es que no sé por qué motivo,
al leer la noticia,
me acordé de este hombre,
de Pedro Arrupe y Gondra,
el que luego sería
el padre General
entre todos los padres
y hermanos jesuitas.
Y, pensando, pensando...
comprendí porqué enlacé ambas ideas:
porque de él se dice
que era un hombre dulce.

Tú que eres, Padre Dios,
la Ternura Infinita,
enséñanos a ser
tal y como era Arrupe:
tiernos con los hermanos,
con la mirada dulce
de quien nunca juzga,

*y con capacidad
de emocionarnos
al ver esos detalles
pequeños, cotidianos
que la vida
nos brinda cada día.*

ES QUE, EL 11... ¡NO EXISTE!

Dicen de él
que era buen estudiante:
¡qué digo bueno!
era, más bien...
¡magnífico!
Así lo demostró en Medicina:
en tres años que hizo

¡casi no había sitio
en su expediente
para tanta matrícula!
Seguramente hubo
más de un *profe*
que pensó utilizar, con él,
"el 11" para calificarle.

Nosotros, muchas veces,
estudiamos lo justo
pa'ir pasando,
para no suspender
la asignatura.
Eso... ¡si es que aprobamos!
Y por ello queremos,
Padre Dios,
aprender de Perico
-como le conocían
sus amigos-,
intentar imitarle
en su constancia,
no conformarnos siempre
con "lo justo".

¡Nos has dado talentos,
Padre Bueno!,
a cada cual, los suyos.
Ayúdanos, Señor,
a saber, por lo tanto,
aprovechar a tope
esas semillas
que en nosotros
pusiste.
Haznos como era Arrupe:
estudiantes a fondo,
de ésos que entienden
que el esfuerzo de hoy
dará frutos mañana.

“DESDE QUE NACE EL DÍA...”

Según parece, Arrupe
era un hombre jovial,
que disfrutaba mucho
con la música.
Seguramente, sí,
le venía de padre,
porque a don Marcelino,
el arquitecto,
le gustaba cantar
con su voz de barítono.
Lo cierto es que relatan
que estando Arrupe en tierras
más allá del océano,
ciudad de Nueva York,
solía visitar a los presos hispanos
que cumplían condena
por los peores crímenes.
Y que un día,
después de conseguir
su confianza,

los presos le obsequiaron
con cantos de lugares
donde habían nacido.
Pero lo sorprendente,
lo verdaderamente
hermoso y evangélico,
es que Arrupe cantó,
para darles las gracias,
un *zortziko*
—que es bella melodía
de su tierra natal, el País Vasco—.
Esta canción, Dios Padre,
comenzaba diciendo:
“Desde que nace el día
hasta que muere el sol...”.
Y, sin duda que
aquellos presidiarios
sintieron que, del amanecer
hasta el ocaso,
Arrupe acompañaba
sus tristezas.

Impresionante, sí,
digna de admiración
esa forma de ser
de Pedro Arrupe,
capaz de iluminar
los lugares oscuros
de nuestra Humanidad,
con toques de alegría
y sencillez.
Quisiéramos vivir,

Buen Padre Dios,
como vivía Arrupe:
con la capacidad
de transmitir
Esperanza y aliento
allí donde hay dolor
y reina la amargura.
Así te lo pedimos.
¡Ayúdanos, Señor!

ESCRIBIENDO IDEOGRAMAS

Es cosa bien sabida
que Arrupe en el Japón
se hizo uno de ellos,
de tal modo y manera
que aprendió su idioma
escribiendo ideogramas,

se aficionó a los tés
y tiraba con arco
o se adentraba
en la filosofía
oriental que es
el zen.

Nosotros, la verdad,
no somos tan abiertos:
De palabra... quizás,
pues hablamos
de la igualdad social,
sin distinción de razas
y esas cosas.
Pero lo cierto es
que luego, el día a día,
desmiente, muchas veces,
eso que aseguramos:
al ver a algún gitano
tratamos de apartarnos,
los chinos nos parecen
gente que viene sólo
a chupar de lo nuestro,
-al igual que todos esos
Iberoamericanos-,
los negros... ¡ni te cuento!
Hoy queremos pedirte,

Hoy queremos pedirte,
Padre Dios,
que nos des la apertura de mente
que tenía ese hombre excepcional
que era el padre Arrupe.
Ayúdanos a ver
-como él veía-,
que las otras culturas
no son una amenaza,
más bien una riqueza.
Danos ojos de hermanos,
capaces de mirar al corazón
de todas las personas,
no a su piel
o a los rasgos de sus rostros,
pues sabemos que Tú,
Padre de todos,
más que patrias prefieres
nuestra fraternidad universal.
Así te lo pedimos,
Padre Nuestro.

Y PEDRO PIDIÓ LUZ

Eran las ocho y cuarto
de la mañana.
Aquel día, 6 de agosto de 1945,
quedó imborrablemente
grabado en la memoria
de Pedro Arrupe.
Y no podía ser de otra manera,
pues Hiroshima
ardía por entero
tras la atroz explosión
que enmudeció
a todas las personas.

Arrupe lo vivió
en vivo y en directo,
y aunque dicen
que su primer impulso
fue salir presuroso
a auxiliar a las víctimas,
antes de ello...
se tomó unos minutos
solamente
para ir a la capilla,
-en parte destrozada-
y... pidió luz.

Sabemos, Padre Dios,
que Tú estás con nosotros
cada día, y que nos acompañas
también en los momentos
dolorosos: es más, seguramente
es en esos momentos
cuando más cerca estás,
y sin embargo...
¡cuántas veces parece
que nos has olvidado!
Seguramente Arrupe
sintió un vacío inmenso,
absoluto estupor
al contemplar aquella destrucción
antes jamás vivida.
Pero él, nuevamente, confió,
y acudió a donde Ti,
y pidió luz.

Quisiéramos, Dios Padre,
fiarnos como él,
saber pedir tu luz
cuando ni tan siquiera
atinamos a ver
entre las sombras,
en vez de acobardarnos.
Porque llega la noche,
decirte, confiados:
Aquí estamos, Buen Dios,
¡Prende nuestra pequeña
llama oculta
y ayúdanos a dar
luz a los otros!"

CARNET DE LIMPIABOTAS

Cuentan que Pedro Arrupe,
convertido ya en padre General,
en un viaje oficial por Ecuador
rechazó que le entregasen
la condecoración mayor
de aquel país
y, no obstante,
aceptó recibir un sencillo carnet
que le entregó un chaval
que era limpiabotas.

Y para demostrar
que se comprometía
a cumplir con las normas
de aquella asociación,
se quitó la chaqueta,
se arrodilló en el suelo
y limpió, a aquel muchacho,
sus zapatos.

La anécdota, Señor,
nos habla por sí sola,
¿no es verdad?
¡Un hombre como él,
influyente, importante,
portada de periódicos,
reclamado
en todos los países...!
Sin mayor alboroto,
se agacha ante el humilde
y limpia sus zapatos.
Al escuchar, Buen Dios,
este breve pasaje de su vida,
automáticamente
nos viene a la memoria
aquel atardecer de la Última Cena
en que Jesús, tu Hijo,
se arrodilló a los pies
de sus apóstoles
y se puso a lavarles,
y a servirles
sin mayor miramiento.

Tú, Buen Dios,
enviaste a tu Hijo a nuestra Tierra,
y Él nos dió su mandato
de amor universal y sin medida.
Nos explicó, con obras,
que aprendamos a ser
humildes, servidores,
no a querer figurar.
Arrupe lo entendió
perfectamente
y fue, su vida entera,
compromiso de auténtico servicio
a todos sus hermanos.
Así queremos ser,
Buen Padre Dios:
gente sencilla,
personas serviciales,
no tratar de quedar
por encima del otro,
sino ser constructores,
codo con codo,
de Tu Reino del Cielo
en este Mundo:
¡Un Reino para todos!

PENSAR EN LIBERTAD

Quienes colaboraron
con Pedro Arrupe y Gondra
de forma más estrecha
hablan de un hombre libre
que, a su vez, enseñaba
a pensar en libertad.
Así lo corroboran
aquellos jesuitas
que estaban a su cargo
—de los que él era *el jefe*,
por decirlo de un modo
coloquial.

Y, según ellos cuentan,
se sentían a gusto,
respetados,
tratados como adultos,
no como simples
siervos sin palabra.
Arrupe, dialogante,
quería convencer,
¡nunca vencer! I

Tú nos conoces bien,
Padre del Cielo,
y sabes que, a menudo,
tratamos de imponer
lo que pensamos
a esos que no son
de los nuestros.
Y queremos quedar,
como la espuma,
por encima del otro,
ahogar lo que él nos dice,
no escuchar sus palabras...
Nos resulta más fácil
aplastar sus ideas
que tratar de aceptar

que la verdad no es una parcela
propiedad de unos pocos.
Por eso te pedimos,
Dios Padre Comprensivo,
que nos ayudes siempre
a ser más tolerantes,
abiertos y flexibles:
¡también el otro tiene
su verdad
que ofrecerme!
Danos valor, por tanto,
y danos confianza
para arriesgar
y escuchar al hermano.

HASTA QUE EL CUERPO AGUANTE

"Hasta que el cuerpo aguante".
A menudo usamos esta frase
para dar a entender
que nos vamos de fiesta,

y que nos quedaremos
de juerga, baile y risas
hasta que *no podamos*
con el alma.

Desde el 7 de agosto
del año ochenta y uno
al 5 de febrero
de diez años después,
Pedro Arrupe sufrió
la dura enfermedad
de la trombosis
que, poco a poco,
fue minando su salud,
pero no su carácter.
Y, de alguna manera,
Padre Dios,
seguro que su alma
se decía a sí misma:
¡Hasta que el cuerpo aguante!,
Pues lo cierto es que Arrupe
vivió como si de una fiesta se tratara.
Consciente del dolor
e injusticia del Mundo,
no por ello dejó
de apreciar esta vida.

Y en ella se quedó,
de juerga, baile y risas,
hasta que ya
no pudo con el alma.
Quisiéramos tener,
Dios Padre Nuestro,
esa vitalidad tan desbordante
que Arrupe tuvo siempre,
hasta su último aliento:
¡nosotros, que tantas,
tantas veces
nos vemos desbordados
por pequeños problemas
sin mayor importancia!
Enséñanos a ser
así de enteros,
así de enamorados
de la vida,
así de deseosos
de bailar y reír...
¡Hasta que el cuerpo
aguante!

A VER... ¡ESA SONRISA...!

Casi todas las fotos
del padre Pedro Arrupe
recogen, sobre todo,
su amplia, interminable,
magnífica sonrisa.
Y al verlas, la verdad,
es que uno se pregunta
por qué sonreiría
este hombre que fue
testigo vivo
de cárcel, bombas,
miserias y masacres.

Y aún es más curioso
contemplar que él sonríe
de forma natural,
abierta, libre:
¡nada que ver
con otras reflejadas
en el rostro
del famoso de turno
–fingidas y vacías,
forzadas y sin vida

Está claro, Dios Padre:
No era necesario
decirle a Pedro Arrupe
que tocaba sonrisa
porque sacaban foto.
El sonreía así,
gratuitamente,
como invitando al otro
a sumarse a
la fiesta de la vida.
¿Es que tu Hijo Jesús
explicó alguna vez
a sus discípulos
que, para bien seguirle,
se debe estar muy serio,
con cara de tener
pocos amigos?

Yo creo que...
¡al contrario!
Y eso fue lo que Arrupe
comprendió sin problemas:
Tú...
¡eres Dios de la Vida!
y, por tanto...
¡de la sonrisa plena!
Gracias, Buen Padre Dios,
por su sonrisa,
por la de Pedro Arrupe:
Contárganos, Señor,
tu carcajada,
para que el Mundo sea,
poco a poco,
una Casa Común
alegre, llena
de esperanza.

MADRE, A PESAR DE TODO

Aconsejaba Arrupe,
en un escrito suyo
-de los tantos y tantos
que él fue publicando-,
que si alguien pretendía
hacerse jesuita,
era fundamental,
entre otras cosas,
que sintiera, a la Iglesia,
como madre
-¡jamás
como *madrastra!*-.

Y que él dijese aquello...
¡tiene mérito, sí!
Porque es bien sabido
que, en más de una ocasión,
tuvo que soportar
incomprensiones,
dudas y sospechas,
nacidas, justamente,
de los más altos cargos
eclesiales.

Según parece, Dios,
Buen Padre Nuestro,
está claro que Arrupe,
–tu buen amigo Peru–,
tenía un corazón
generoso y repleto
de bondad, si no...
¿cómo se explica
su actitud de cariño
y respeto a la Iglesia
–a esa Iglesia oficial,
que, muchas veces,
difícilmente
podemos comprender?
Hoy te decimos,
Dios de las Alturas,
que eches una mano

a tus hijos de aquí,
de las bajuras,
para que trabajemos,
sin descanso,
buscando, siempre,
la paz y la justicia.
Y pedimos también que nos ayudes
a ser como era Arrupe:
un miembro fiel y bueno
de tu Iglesia
–aunque más de una vez
no estemos muy de acuerdo
con lo que parte de ella
nos propone,
asegurando que es
el único camino.

UN CINCO DE FEBRERO

Al atardecer
del cinco de febrero
–año 91–,
moría Pedro Arrupe.
Algunos días antes,
un padre jesuita
–Ignacio Echaniz–
que no se separaba
de su lado,
le susurró al oído:

*“Recuerda bien, don Pedro,
lo que Jesús decía,
asegurando que,
al llegar el ocaso
de la vida,
nuestro examen será
sobre el amor.
Y tú...
¡mucho has amado!”*

Aquel mes de febrero,
Padre Dios,
perdimos a un gran hombre,
¡está claro!
se nos fue Pedro Arrupe.
Marchó a tu encuentro,
a abrir sus manos
para mostrarte, así,
todo lo que hizo
mientras permaneció
aquí, en la Tierra.
Suponemos
que hubo desbordamiento,
¿no, Señor?
¿A cuántos ángeles
tuviste que llamar
para que recogiesen,
todo el fruto que dio
tu amigo Peru?,

¿cincuenta, cien o mil?
Quisiéramos, Dios Padre,
poder abrir las manos
como Arrupe lo hizo
cuando nos toque ir
a tu presencia.
Quisiéramos dar frutos
como Arrupe los dió:
jugosos y abundantes.
Ayúdanos, Buen Dios,
a que nuestras semillas
crezcan con ilusión,
fe y esperanza,
como crecieron,
firmes y frondosas,
las que Tú diste a Arrupe
y él cuidó.

TODO

Arrupe, por su cargo,
concedía a menudo
entrevistas.
Y un día, el reportero
le preguntó, directo:
“¿Quién es Dios
para usted?”

Arrupe, sin dudarlo,
–aunque luego
explicó qué quería decir–
tan sólo contestó
una palabra:
“Todo”.

Dios Padre de Jesús
y Padre Nuestro:
nos sorprende
y da envidia
el aplomo de Arrupe
al responder, así,
al periodista.
Para él Tú eres Todo,
es decir:
el sentido y motor
de la existencia,
el porqué y para qué vivir
y ser felices,
motivo de empezar
cada mañana
con una sonrisa en los labios,
la razón de llegar
a la cama a la noche
y decir... ¡gracias!
Una palabra sólo,
la perfecta y exacta
que recoge lo que eres,
Padre Dios.
Para nosotros todo,
todo, todo...
¡pues, en fin! ¡es difícil!

¿lo sabes, Padre Dios?
Todo es nuestra familia,
o los amigos,
la novia,
el partido de fútbol del domingo,
el aprobar el curso...
¡Sí creemos en Ti!
¡Claro, Buen Dios!
Pero eso de decir
que lo eres todo...
¡Son palabras mayores!
Por eso te pedimos,
Padre Dios:
que nos des,
como a Arrupe,
Fe que mueve montañas,
confianza total y absoluta
para creer en Ti,
para poder decir
que lo eres todo
aun cuando,
muchas veces,
no percibamos nada.

2.3.3.- EN MANOS DE DIOS

UN CHAVAL COMO OTRO CUALQUIERA

Hace ya... ¡tanto tiempo, Señor!,
no alcanzo casi a recordarlo
y, sin embargo, ahora...
anciano ya, al borde de mis fuerzas,
al borde del camino,
al borde del recodo...
a punto de encontrar, finalmente,
tus alegres pupilas
mirándome de frente...
es mi infancia en Bilbao,
mis días de colegio,
mis amigos de entonces
los que me dan cobijo,
quienes me reconfortan
y acompañan mi alma.
¡Peru!—¿lo recuerdas, Señor?
La voz cálida y dulce,
firme también a veces,
de mi madre, llamándome
de lejos...
*¡Venga, Perico, hombre...
chuta de una vez,
que nos van a meter un goll-*
me gritaba José Luis,
compañero de libros

y de patio...
¡Cuántos recuerdos, sí!
¡Cuántas sonrisas, juegos,
Ilusiones...!
Días felices, de canción
y meriendas...
¡Qué despreocupación
por el futuro!
*“No os preocupéis del mañana,
que el mañana se ocupará de sí.
A cada día le basta su problema”,*
¡Qué grande es la verdad
que encierran tus palabras, Señor!:
vivir cada momento,
también estos que sufro
enfermedad, dolor,
incomprensiones...
sabiéndonos queridos,
en tus cálidas manos
de Padre cariñoso.
Hoy, Señor, sólo pido
continuar sintiendo
así, tu infinita ternura.

MÉDICO PARA EL ALMA

Buenos días, Señor.
Soy yo, Pedro, tu amigo,
que este invierno anda
de recuerdo en recuerdo.
Y... no lo sé por qué
pero se me amontonan
las imágenes, nítidas,
de mi tiempo en Madrid;
años de facultad
preparándome en serio
para ser un buen médico,
de esos más que capaces
de curar las heridas.
Años también, ¡sin duda!,
de toparme de lleno,
a borbotones,
con la pobreza, cruda e infinita,
de quienes nada tienen,
nada esperan.
También Tú lo recuerdas,
¿no es verdad?
Mi buen amigo Enrique y yo,
con un nudo en la garganta
y en el alma,
cabizbajos,
regresando de barrios
marginales,
eternamente míseros,
dolientes...
Y así, poquito a poco,
resonaban, profundas
e insistentes,
tus palabras de vida
y esperanza:
*“No necesitan médico
los sanos, no...
¡son los enfermos
quienes lo necesitan!”.*
¡Estaba claro, sí!
¿Cómo negarme, pues,
a escuchar tu llamada,
reclamando, insistente,
que te reconociera
en pobres y humillados,
en huérfanos de guerra,
en los abandonados

de este mundo?
¿Cómo decir que no
a tu propuesta
para reconvertir mi vocación
y ser médico, sí,
pero *del alma?*
No fue un *“¡dicho y hecho!”*
aunque... ¡poco faltó!:
Sin haberlo previsto
de antemano
me encontré de *aprendiz
de jesuita*
en la tierra de Ignacio de Loyola.
Y después...
Y después, el destierro,
de posibilidades infinitas,
—destierro, sin embargo—
por Bélgica, Holanda y Alemania...
hasta *cruzar el charco*
y llegar a la América
de Colón y de antes.
¡Quién me lo iba a decir!
¡Y yo que, de pequeño,
a veces no podía
recorrer el pasillo de mi casa
si había anochecido!
Mas, por Ti, Buen Amigo,
me hice viajero
loco e incansable:
loco por anunciar
el evangelio,
incansable al saber
que es, la mies, abundante.
Ahora que se aproxima
este viaje final, definitivo...
te ofrezco, nuevamente,
la ilusión de mis años
juveniles,
el tesón de mis días
de estudiante,
mi audacia peregrina
por el mundo,
para que Tú, Señor,
las transformes en luz
para los otros.

ENTRE BARROTOS

¡Hola, Señor!, ¿qué tal?
¿cómo va la jornada?
Yo tengo que decirte
que ando de sobresaltos:
parece que, de noche,
se agolpan los fantasmas
y tristezas,
así que llevo horas
con la mirada fija
en el pasado,
y *las manos del alma*
asidas a barrotes
que no existen.
¡Caprichosos recuerdos
que asoman, de repente,
y te invaden la vida!
¿Qué tenía yo entonces,
treinta años?
Más o menos, ¿verdad?
Y, en mitad de la urbe
llena de rascacielos
-Nueva York-,
esperaba, impaciente,
poder marchar, al fin,
al destino anhelado.
Sin embargo, Señor,
me conoces,
y sabes que no quiero
-y que no sé-
estar sin más,
con los brazos cruzados.
Así que... ¡allá me fui,
hacia el presidio!
Y conoces también,
mejor que yo incluso,
cuán profundo sentí,
al ver sus rostros,
aquellas tus palabras:
“...estuve yo en la cárcel
y vinisteis a verme!”

Eran presos
con delitos terribles,
es verdad y, sin embargo,
una vez que me abrieron
los *cerrojos del alma*
descubrí que...
temblaban, esperando
otra oportunidad.
¿Amigos? No lo sé,
Quizás, seguramente.
Sólo sé que un buen día
pretendieron decirme
que me daban las gracias.
Y lo hicieron cantando,
emocionados,
canciones de su tierra
latinoamericana, y yo...
yo entoné un *zortziko*,
melodía nostálgica
de mis días de infancia.
Ya en Japón,
pocos años después,
estando preso yo
acusado de espía,
recordé, en el silencio
de mi celda,
más de una vez
a aquellos desdichados.
Por eso hoy, Señor,
Mi Buen Amigo,
elevo mi plegaria
por todos los que sufren
en la cárcel:
autores de delitos,
es verdad,
más todos, todos ellos...
hijos tuyos,
por tanto,
hermanos nuestros.

A MITAD DEL CAMINO

Venía yo pensando,
mi Señor,
que la vida
–sin duda apasionante,
maravillosa, al fin–
adquiere, con frecuencia,
el aspecto de un cuadro
de esos antiguos
que juega con las luces
y las sombras.

Ahora, pasado el tiempo,
recordando los años
que viví en Hiroshima
y luego en Roma,
ésta es la sensación
que permanece
en recónditos pliegues
de mi alma.

Devastadora, trágica,
cruel, atronadora,
terrible, lacerante,
brutal y lúgubre:

todo eso y mucho más
era la bomba atómica,
tristemente famosa,
que cayó

un seis de agosto
–año 45–,

y me llevó a crear
un hospital

allí, en Nagatsuka,
en el mismo edificio
de nuestro noviciado.

A pesar de la guerra,
y a pesar de la cárcel

–creyéndome un espía–,
lo cierto es que Japón,

hasta el momento,
se presentaba amable
ante mis ojos:

trabajo en Yamaguchi
–donde el propio

Francisco de Xavier
había estado–

e intentar comprender,
a fuerza de vivirla,

cultura tan distinta
y tan interesante:

su escritura, el *zen*,
el tiro con arco,

la ceremonia del té...

Dicho así

suena a frivolidad
más no lo era:

intentaba sentir
como ellos sienten
y, a la vez, trabajar
por tu Reino en la Tierra.

Y, de pronto,
así, ya amanecido,
a las 8'15 exactamente,
cayó un fuego del cielo
que convirtió en infierno
un territorio inmenso.

En medio de aquel caos,
del dantesco escenario,
sin embargo,

encontré luz y vida
en la entrega absoluta
de todos los novicios,
en los pequeños gestos

de ayuda que brindaban quienes,

en medio del desastre,
trataban de auxiliar

al que estaba a su lado.
Luces y sombras, sí,

a fin de cuentas,
las mismas que viví

–de otra manera, ¡claro!–
cuando años después,

a mitad del camino
de mi vida,

y soplando en la Iglesia
aires renovadores,
–también incertidumbres–,

un 22 de mayo
decidieron que fuera

el padre general
de nuestra Compañía,

la Tuya, a fin de cuentas.

Y recordé, a menudo,
el pasaje de Juan

que nos relata
cómo hemos de actuar
entre nosotros:

*“... también vosotros
debéis lavaros los pies
unos a otros”.*

Bien sabes Tú
que he cometido fallos

y, sin embargo,
intenté siempre ser

en mi tarea,
humilde, servicial

y dialogante:
perdóname, Señor,

si alguna vez fui soberbio
o te fallé.

AMÉN, ASÍ SEA

Desde que caí enfermo, Padre Dios,
vienen a visitarme...
¡tantas veces!
Y, ahí...
¡se ve que me quieren!
–¡y yo a ellos! –,
y aunque cada visita
me llena de alegría,
lo cierto es que agradezco,
de manera especial,
la de la gente humilde:
¡no creo merecer
tanto cariño!
Hace ya mucho tiempo
que no puedo expresarme:
¡parece una ironía del destino,
después de ser capaz
de hablar en 7 lenguas...!
Aunque, de alguna forma,
mis gestos, mis miradas
dicen lo que yo no
puedo ya pronunciar.
Quienes están conmigo
y me cuidan,
últimamente andan preocupados,
y, la verdad, es que...
¡tienen motivo!:
cada vez más delgado,
me consumo,
parece que ni siento
ni padezco.
Seguramente ocurre,
Dios Amigo,
que lo que ellos perciben
no es lo mismo
que este extenso diálogo,
vivo y reconfortante,
que ha diez años ya
que Tú y yo *nos traemos
entre manos*.
En realidad...
¡no importa!
Sé que me quieren mucho,
y ellos, de alguna forma,
saben que están muy dentro
de este corazón
casi vencido.

Confluyen en mi mente
Recuerdos de mis viajes
y de mis inquietudes:
Etiopía, Brasil,
la India, España,
los Estados Unidos,
Checoslovaquia...
A fin de cuentas
hablo de injusticias,
de marginación,
de egoísmos, violencia...
de todo aquello que
destruye al ser humano
y que aboca, a la Historia,
a la derrota.
Pero...
¡soy optimista,
Tú lo sabes!
E incluso en los peores
momentos de mi cargo,
cuando la incomprensión
y sombras de ruptura
me acechaban,
traté de serte fiel,
intenté hacer muy mías
aquellas tus palabras:
*“Quien quiera
salvar su vida,
la perderá;
y quien, por mí la pierda,
la encontrará”*.
¿Anochece, quizás?
Ya... ¡no distingo!
Oigo cómo mi padre
me convoca:
“¡Peru, Peruchi!”
o... ¿eres Tú, mi Señor?
¡Maestro!...
No sé, no entiendo bien...
¿por qué están llorando?
Escucho aquel *zortziko*
y... ¡siento un resplandor
como de vida!
¡Señor, mi Dios, Yahvé!:
¡Jamás pude pensar
que tu mirada...
sería tan hermosa!